



Antología fosca de Sevilla Escribe

TENEBRAE

AVRIL NO II
PACIFICUS
SILIA CAPITANUS
PACIFICUS ANNO SA
II PERIO DE BARBA
EIBRIL 150



Presenta

Colección



Aquelarre

TENEBRAE

*Antología fosca de
Sevilla Escribe*

Créditos

Tenebrae

Primera Edición: diciembre 2012

Código: 978-84-939421-4-4

Prólogo: León Arsenal

Autores: Alejandro Castroguer, Miguel Cisneros Perales, Juan Díaz Olmedo, Ernesto Fernández-Weiss, Fco. Jesús Franco Díaz, Juan de Dios Garduño, Manuel Mije y Ángel Vela Rodríguez

Ilustración de portada: José Manuel Nogales Pérez

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente

Corrección de estilo: David Jasso y Manuel Mije

Un proyecto realizado en colaboración
con el colectivo Sevilla Escribe
<http://sevillaescribe.blogspot.com/>

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A CP 50006 Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo

Un compuesto es siempre algo más que la simple suma de sus componentes. Eso no quita para que sea preciso conocer cuáles son los componentes que lo forman, so pena de no llegar a entender de verdad el porqué de su génesis y resultados.

Ocurre tanto con la pólvora como con los combinados, digamos por ejemplo, de ron con limón. Ocurre también con el libro que ahora mismo tienen en sus manos. Es más que la suma de los elementos que voy a señalarles. Pero para abrir boca me gustaría que prestasen atención a estas líneas.

Hay en esta obra tres elementos muy claros. No son los únicos. Pero sí son bastante necesarios para poder entender y navegar por el libro.

Los tres elementos a considerar son: el género literario, la fórmula narrativa empleada y la conjunción de los autores. Vamos a detenernos un par de párrafos en cada uno de ellos.

En primer lugar, el género. Se diga lo que se diga, un género literario no es más que un conjunto de obras que comparten una serie de características comunes. Eso es todo. Es una clasificación arbitraria. Otra cosa es que sea útil o que tal clasificación acabe

por tener efectos muy reales, el primero de los cuales es asegurarse un público para las obras encuadradas en tal género.

Los géneros nacen. Viven auges y decadencias. Incluso mueren. No son conjuntos cerrados. Tampoco aislados. Una obra puede a veces pertenecer a varios géneros a un tiempo. Y si no, miren a *Los tres mosqueteros*, de Dumas. ¿Es novela de aventuras?, ¿de espadachines?, ¿folletín? Lo es todo a la vez, claro.

Los géneros pueden surgir de forma espontánea. O crearse. Esto segundo sucede cuando alguien, por la razón que sea, se decide a aislar características comunes a varias obras. Si se hace de forma coherente, hay un corpus narrativo suficiente y se le da nombre, estamos ante un nuevo género literario. Luego el tiempo dice si ha de cuajar o no.

El género Fosco se diferencia del Terror en que su esencia reposa en lo atmosférico y no en lo sobrenatural. Fosco y Terror son géneros que, más que contiguos, se solapan. También lo hace con el Thriller o el Gran Guiñol. Un relato fosco puede ser de terror, pero no todos los relatos foscos son de terror. Puede haber en ellos elementos sobrenaturales o no. Pero todos abundarán en situaciones opresivas, de espanto, agobiantes.

Podemos decir, por tanto, que lo que señala al fosco son los elementos de horror. Horror que va a marcar las narraciones que componen este libro.

Narraciones, en plural. Porque el segundo elemento, la fórmula narrativa, es el del relato breve. Hay quienes por defecto consideran al cuento como una especie de hermano menor de la novela. Una suerte de sparring con el que se fajan los escritores en espera de acometer obras de mayor envergadura. Eso es una solemne estupidez. Que el relato sea breve no quiere decir que sea pequeño. Es literatura mayor por derecho propio. Sus recursos literarios son distintos de los de la novela.

Tales recursos explican en parte que el relato haya sido siempre predilecto para los escritores tanto del fantástico como de géneros próximos al mismo. Y ahí incluimos el Fosco. Los cuentos son inmediatos, contundentes. De pegada, por así decirlo. Permiten también sostener una atmósfera concreta que en el caso de la novela habría que matizar y dosificar, so pena de hacerla perder su efecto.

Prepárense por tanto para un conjunto de narraciones breves cargadas de horror, en el sentido que le dábamos más arriba. El desarrollo será breve, los resultados directos porque lo marca la extensión.

Pero así sus efectos serán más contundentes. Y hasta aquí «podemos leer» en tal aspecto.

El tercer componente es el conjunto de los propios autores. En esta antología que nos ocupa, ese conjunto no es tan solo la agregación de nombres unidos por las características comunes de sus cuentos. Todos estos narradores pertenecen a un colectivo literario, *Sevilla Escribe*. Y eso marca a la obra de manera sustancial.

Porque con los colectivos literarios ocurre un poco eso con lo que comenzábamos este prólogo. Son más que la simple suma de sus integrantes. Son grupos creativos trabajando en direcciones concretas, sean estas temáticas, estéticas, ideológicas. Tiene orientación, formas, objetivos.

En lo que toca a quienes los componen, podemos comparar a un colectivo literario con una fotografía. Con una instantánea de un grupo de autores en un momento concreto. Como tal, es irrepetible. Pasado ese momento, la escena se deshace. Pero la imagen queda.

Con esto quiero decir que Sevilla Escribe, como todos los colectivos literarios, es la confluencia de un número concreto de escritores. Que constituye su retrato en una época determinada y en un estadio creativo concreto. Tómenlo así. Acéptenlo tal cual. Con el paso del tiempo, cada uno de estos autores

seguirá su propio rumbo. Porque escribir es un camino solitario, por más que se pueda compartir ese camino durante varias etapas. Pero la instantánea de la que hablaba antes, queda. También los frutos de ese segmento de camino común.

Uno de esos frutos es este libro que ahora nos ocupa. Producto de esos elementos que he querido señalarles y sin embargo algo más. Como un árbol es algo más que minerales, agua y sol, aunque nazca de ellos. Ahora, para juzgar, han de leerlo.

Y con una recomendación sobre esto último, acabo. Les pido que lo lean en un ambiente calmo. No por respeto. Eso es una tontería. Se respeta por igual a una obra tanto si se lee en el tren como en un parque, la biblioteca o la cama. Pero ocurre que este libro está hecho de relatos. Y los relatos son narrativa de pegada. Si lo leen entre bullicio, sin poderse centrar, corren el riesgo de perderse la atmósfera. Y eso sería una pena, porque esta antología del fosco está marcada por la atmósfera.

Por tanto, háganme caso. Instálense en condiciones adecuadas. Y apréstense a ese oxímoron tan curioso que es disfrutar del horror.

León Arsenal

Bocado de dioses

Por Fran J. Franco

Uno de los tacones de aguja quedó enganchado entre los adoquines y la hizo caer. Se había golpeado la rodilla, pero la oscuridad reinante en el Paseo del río no permitía distinguir la sangre que manaba de la herida. Tampoco la mujer le prestó más atención que un leve roce con la mano; su preocupación era otra: seguir corriendo. Miró hacia atrás, pero solo había sombras. Entre sollozos y jadeos logró ponerse en pie y echó a correr de nuevo. Pero su avance se veía entorpecido por la pérdida del tacón. Desesperada, y sin dejar de mirar hacia atrás, tiró el pequeño bolso de pedrería al río antes de quitarse los zapatos. Entonces vio la sombra de la que estaba huyendo, cada vez más definida por el contraluz causado por las farolas del puente situado a la espalda de ésta. Impotente le arrojó un zapato; entre lágrimas, el otro. Gritó pidiendo auxilio, pero nadie contestó. Intentó huir de nuevo. Sintió las chinas del empedrado clavarse en las plantas de sus pies y cómo el frío y la humedad le mordían los

dedos. Pero eran nimiedades comparadas con salvar la vida, no quería ser la veintidós. Se maldecía por haber salido aquella noche a buscar clientes, por haberse jactado de no tener miedo del Asesino del Sena.

Sus entumecidos pies volvieron a tropezar. De rodillas y con la cabeza vuelta hacía atrás intentó una vez más levantarse, pero no pudo hacerlo. Su último grito murió ahogado en su garganta por la sangre que la inundó.

Un nuevo día amanece en el barrio de Saint Germain, el barrio latino de Paris. Allí, los restaurantes que afloran por las calles y plazoletas, en pocas horas inundadas por turistas y parisinos, aún permanecen cerrados. Incluso para recibir a los repartidores con los alimentos frescos del día, es temprano. Sin embargo, en una de las callejuelas más ocultas del barrio, la puerta de servicio del restaurante “Delicias de Dioses” lleva varias horas esperando un reparto de hora intempestiva, pero habitual en los últimos meses; los mismos en los que el restaurante había pasado de ser un simple establecimiento para turistas a ser una de las sensaciones culinarias del momento en París.

Pero el reparto se retrasaba. En el vano de la puerta un impaciente Grégoire miraba una y otra vez el reloj y, a continuación, hacia el fondo de la callejuela. En su cara, que en contadas ocasiones reflejaba algún tipo de sentimiento, se revelaba la desazón causada por la preocupación y la impaciencia. En pocos minutos la calle comenzaría a llenarse de gente camino de sus trabajos o de turistas perdidos enganchados a sus cámaras de fotos. Demasiados ojos indiscretos para una entrega que, sobre todo, necesitaba discreción. Otra mirada al reloj y el rostro de boxeador retirado volvió a reflejar nerviosismo. Tendría que llamar a Bernard, pero antes daría una vuelta por el almacén.

Cerró dando un portazo acompañado de unas cuantas maldiciones. No se molestó ni en encender la luz; aunque las persianas estaban echadas, se filtraba suficiente claridad a través de las rendijas y por la cristalera de medio punto situada encima de la puerta. Se dirigió hacia la despensa. Al parecer, acordarse de los familiares de Alfred, el repartidor, le había servido para recobrar la tranquilidad que lo caracterizaba. Deslizando un dedo por toda la encimera de los fregaderos mientras andaba, llegó a la puerta de la despensa y entró. No se distrajo

mirando los tarros apilados en las estanterías, entre esos alimentos no se encontraban las reservas del ingrediente cuyo reparto no se había efectuado, sino que se dirigió hasta una vieja puerta de hierro, de apenas un metro de altura, pintada de negro. Fue ante ella donde se detuvo. Tras introducir la mano por el cuello de la camisa, extrajo un juego de llaves unido a una cadena y cogió la llave más grande. Era de hierro, al igual que la puerta, de un palmo de largo y semejante en hechura a la de los portones de las casas antiguas. La introdujo en la cerradura y la giró tres veces. Cada vuelta fue acompañada de su correspondiente chasquido metálico, pero esos fueron los únicos ruidos que se le escaparon: la puerta, de al menos diez centímetros de grosor, se abrió sin esfuerzo ante el empuje de uno solo de sus dedos. Nimiedades como aquellas eran las que deleitaban a Grégoire; indicaban su minuciosidad a la hora de trabajar y, además, servían para demostrar a Bernard que no se había equivocado al confiar en él; primero, cuando lo sacó de la calle siendo simplemente un ex-boxeador borracho —y de eso hacía ya más de quince años—, convirtiéndolo en cocinero y, luego, revelándole el ingrediente secreto de su plato.

La puerta golpeó suavemente la pared. Y a él le golpeó una fría ráfaga de aire con olor a matadero. Su mano no dudó al buscar el interruptor de la luz, y una pequeña bombilla iluminó unas estrechas escaleras que descendían en pronunciada pendiente hasta lo que debería de ser un sótano construido como refugio durante la segunda guerra mundial.

La estancia no era muy alta, aunque sí lo suficiente para que un hombre como Grégoire, robusto y de anchas espaldas, pero de estatura por debajo de la media, pudiera andar sin preocupaciones de chocar contra el techo. El escaso mobiliario existente en la habitación se limitaba a una estrecha pero larga mesa de aluminio, un gran cubo negro de plástico para la basura y una pequeña cámara frigorífica cuyo motor no dejaba de emitir un sordo sonido.

Abrió la cámara.

El zumbido del despertador no molestó a Bernard. El tener que levantarse temprano para ir a trabajar había dejado de ser una obligación para convertirse en todo un placer. Después de media vida luchando por hacerse un nombre entre sus compañeros de profesión por fin lo había logrado.

Bernard tarareaba la canción que estaba sonando en aquel momento en la radio. La antigua radio de bujías, un capricho que por fin había podido permitirse, ocupaba un espacio privilegiado en la buhardilla del cocinero. El sonido a lata con un poco de ruido de fondo, junto al aroma a café recién hecho, pan tostado y huevos revueltos, completaban el aire melancólico con el que Bernard había decorado su casa y también el restaurante.

Untaba una de las tostadas cuando la canción que sonaba en la radio quedó interrumpida por la voz de una mujer...

Interrumpimos la emisión para informar a todos nuestros oyentes que ha sido abatido por la policía el Asesino del Sena. En el comunicado facilitado por la policía, se señala que tras ser sorprendido por unos agentes mientras cargaba con su última víctima y emprender la huida sin hacer caso a los avisos para que se detuviera, se procedió a abrir fuego contra él, resultando muerto en el acto. “Desafortunadamente no hemos podido evitar que volviera a asesinar – manifestó en su alocución el comisario ante los medios de comunicación haciendo referencia a la última víctima–, solo podemos decir a sus familiares y a los de las otras veintiuna mujeres asesinadas, que

el culpable ha recibido su castigo”. Recordamos a nuestros oyentes que...

A Bernard lo que quisiera recordar la locutora ya no le importaba, el cuchillo con el que untaba la mantequilla se le había resbalado de las manos cayendo ruidosamente sobre el plato, pero tampoco le importó. Por unos instantes pareció una estatua: en su mano izquierda aún sostenía la tostada, mientras en la derecha, el hilillo de mantequilla dejado por el cuchillo al caer, goteaba sobre el mantel. Sus ojos, perdidos en la nada, no se permitieron ni un solo parpadeo. Solo una parte de su cuerpo rompía esa rigidez: su mandíbula inferior parecía descolgarse hasta el infinito a medida que transcurrían los segundos. Una mueca de asombro, sazónada con una pizca de terror y aliñada con algo de locura, se reflejó en su cara y de su garganta surgió una única frase repetida hasta la saciedad.

—Mis diosas, mis diosas, mis diosas...

Aún se encontraba sumido en estado shock cuando sonó el timbre del teléfono. El aparato imitaba a los antiguos de baquelita negra que se colgaban en la pared, donde el auricular era una cornetilla unida por un simple cordón negro a la caja de madera en la cual una boca con forma de trompeta hacía las veces

de micrófono. Volvieron a sonar las campanillas del timbre situado en la parte superior de la caja de madera, pero Bernard se negaba a regresar a la realidad y dejó que se consumiera la llamada.

Quien fuera el que llamara era perseverante y volvió a insistir. El ruido del timbre inundó de nuevo la buhardilla y esta vez sí logró sacar a Bernard de su estado catatónico. Con lentos pasos, y aún con la mirada perdida, cogió la cornetilla y se la llevó a la oreja mientras apoyaba su hombro contra la pared.

—¿Diga?

—Soy Grégoire.

Bernard no habló, sino que volvió a perderse en sus pensamientos y tuvo que ser su ayudante quien hablara de nuevo.

—Alfred no se ha presentado esta mañana. Y era día de reparto.

—Lo sé —dijo lacónicamente.

—¿Le ha llamado?

—No.

—¿Entonces? —Grégoire notaba raro a su jefe y amigo. Y por segunda vez en el día, él, un hombre curtido en mil batallas y poco presto a dejarse influenciar por los sentimientos, sintió de nuevo la desazón en su interior.

Bernard suspiró antes de hablar.

—La radio, Grégoire, la radio.

—No le entiendo. Explíquese.

—Acaban de dar la noticia. Han abatido a tiros al Asesino del Sena.

De nuevo la línea quedó sumida en el silencio.

—¿Nos quedan existencias? —esta vez fue Bernard quien lo rompió.

—Acabo de mirarlo. Para el almuerzo de hoy puede que sí. Todo dependerá de cuanta gente venga y pida el plato. Pero ya está. Para la cena dudo que quede alguna ración.

—Grégoire, prepara las raciones. Hazlas un poco más pequeñas a ver si así nos duran algo más. Yo llegaré en media hora.

Ambos interlocutores colgaron sin despedirse. Había confianza para ello y también preocupaciones como para molestarse con una nimiedad como aquella en ese momento.

Bernard no se molestó en recoger los restos del desayuno. Se vistió y salió camino de la parada de metro que le dejaría junto a su restaurante.

Por su parte, Grégoire, volvió a bajar al sótano, sacó un trozo de carne de la cámara frigorífica y lo dispuso sobre la mesa de acero inoxidable. Abrió un

cajón situado debajo de la encimera de la mesa y sacó un juego de cuchillos de carnicero. Aquello le serviría para abstraerse de las preocupaciones del día.

Casi todo el muslo había sido aprovechado y ya se veía el hueso. Como mucho daría para tres o cuatro trozos, pero el gemelo aún estaba intacto y lo mismo podría sacar unas seis o siete raciones. Cogió la hachuela, sopesó con la yema del dedo su filo y lo pasó un par de veces por la piedra de afilar. Su manera de actuar parecía ceremonial, sin prisas, pero sin ningún movimiento dubitativo. Lentamente con la mano izquierda agarró la pierna por encima del tobillo mientras que la derecha, portando el cuchillo, se elevaba por encima de su cabeza. Tras un golpe seco, un pie cayó en el interior del cubo de basura.

Cuando Bernard salió a la superficie desde la estación de metro, seguía siendo el mismo sonámbulo lleno de tribulaciones que había abandonado la buhardilla. Tropezó con varios peatones sin que eso le hiciera levantar la cabeza y menos aún responder a las disculpas de algunos o a los insultos de otros. De cara a la gente que se tenía que apartar de su camino parecía un loco dedicado a contar los

adoquines de la calle, pero su ciego andar tenía como origen o como fin buscar una solución para evitar el regreso a los desagradecidos fogones de un restaurante mediocre para turistas. Necesitaba encontrar alguna manera de abastecerse.

Dobló la esquina de la callejuela en la que se encontraba la entrada de servicio. Sin parar de andar, localizó el juego de llaves en su bolsillo. Tras levantar la vista de los adoquines buscando instintivamente la puerta, se percató de una silueta en el fondo de la callejuela. Poco a poco, a medida que sus ojos se acostumbraban a la penumbra, fue capaz de distinguir a una turista japonesa haciendo fotos a los balcones y ventanas. Una idea cruzó su cabeza: salsa de soja, algas marinas, un poco de sake... un toque exótico para su diosa, pero esa idea desapareció nada más vio doblar la esquina a una guía turística con un paraguas de colores en alto, seguida de una marabunta de japoneses con sus preceptivas cámaras de fotos. Tras un suspiro giró la llave, abrió la puerta y traspasó el umbral sumergiéndose en el interior de la cocina.

No había nadie. Grégoire seguramente seguía abajo, en el cuartillo donde guardaban las piezas de carne, y los demás, el otro cocinero, las dos pinches,

el maître y los camareros, todavía no habían llegado. Miró el gran reloj situado sobre la puerta de doble hoja batiente que daba acceso al salón del restaurante; aún disponía de algunos minutos para hablar con Grégoire de la situación, por lo que se encaminó hacia la despensa y bajó las escaleras.

Grégoire escuchó el leve golpe de la puerta contra la pared. Su cuerpo se tensó y asió con fuerza el cuchillo. Creía haber cerrado la puerta de la calle con llave, pero eso no servía de excusa por el olvido de no atrancar la portilla de hierro. En su interior se recriminaba una y otra vez los deslices del día mientras se apoyaba de espaldas contra la pared, junto al pie de la escalera. En la mesa, los restos de la pierna, aunque en su mayoría despojos, aún podían identificarse como los de una pierna humana. Nadie debía verlos.

Los pasos se aproximaban, deberían quedarle solo unos pocos escalones por bajar. La adrenalina corría por la sangre de Grégoire. Recordó sus tiempos dorados de boxeador y sus músculos se contrajeron presto a saltar como un gato.

Bernard vio los restos de carne y huesos en la mesa y le extrañó no ver ni escuchar a Grégoire. No

era capaz de imaginar que se hubiera marchado dejando abierta la portilla y los restos de carne desperdigados por la mesa. Pensó que estaría tan desorientado como él y se le escapó otro suspiro de desesperación. Eso fue lo que le salvó. La hoja del cuchillo se detuvo a escasos centímetros del cuello.

—¡Casi le mato, jefe!

Bernard no le contestó. Trataba de recuperarse del susto y coger algo de aire.

—Ya he hecho las raciones —dijo Grégoire, como si no hubiera pasado nada, tras bajar el cuchillo y darse la vuelta para dirigirse a la mesa—. La pierna ha dado para diez.

—No esta mal —respondió Bernard mientras se acariciaba el cuello tratando de recuperarse del susto.

—Ya lo creo. ¡Esta mujer tenía un buen par de jamones!

Por primera vez en el día, ambos se concedieron un respiro olvidándose por un momento de los problemas y se rieron abiertamente de la ocurrencia. Cuando se calmaron, Bernard decidió afrontar la situación con otro aire, estaba seguro de que encontrarían alguna solución.

—Bueno, con eso no tendremos ni para el almuerzo. Solo serán diez los que puedan probar el Bocado de Dioses.

Las últimas palabras las pronunció con voz teatral arrancando otra sonora carcajada a Grégoire.

—Las subiré a su refrigerador para que las vaya preparando.

—Sí. Pero antes quiero hacerte otra pregunta.

—Dígame.

—Ahora que Alfred ha muerto necesitamos otro proveedor. ¿Conoces a alguien con la misma afición?

—Jefe, sé que la situación le ha trastocado un poco, pero ¿cree que los psicópatas asesinos en serie suelen abundar?

—Tienes razón —respondió resignado—. Pero si no encontramos una solución, se acabó el negocio.

—¿Y una funeraria?

—¿Cómo?

—Que podríamos hablar con una funeraria. Una pierna más o menos no se debe de notar mucho a la hora de incinerar un cuerpo. Conozco a un tipo que tiene un primo con problemas económicos y lo mismo podríamos llegar a algún acuerdo.

Bernard pareció reflexionar sobre la posibilidad expuesta por Grégoire, pero acabó desechándola.

—La calidad del producto bajaría. No todos los días mueren mujeres jóvenes de tersas piernas. Y además nos encontraríamos con el problema del velatorio.

—¿Del velatorio?

—Sí. Dependiendo de cuanto dure, del lugar donde se haga... No queda garantizado que la carne sea fresca al cien por cien.

Aunque estaba desesperado, era reacio a que le cerraran el restaurante por una intoxicación o que la clientela dejara de acudir por una merma considerable en la calidad.

—Tal vez tenga razón. Pero —Grégoire parecía no querer rendirse— solo aceptaríamos piezas de calidad garantizada. Podríamos subir hasta el precio en la carta argumentando falta de mercancías.

Bernard volvió a suspirar resignado.

—No lo sé, Grégoire. No lo sé.

El efecto de las risas anteriores había desaparecido de Bernard dando paso de nuevo al abatimiento con el que había llegado al restaurante.

—Al menos piénselo, jefe.

—Está bien. Lo pensaré.

Grégoire metió los trozos de carne en una cubeta de plástico y subieron las escaleras. Justo cuando cerraban la portilla de hierro, llamaron al timbre de la puerta de servicio. Fue Bernard, tras darle un golpecito en la espalda a Grégoire indicándole que

abriría él, quien se dirigió hacia la puerta. A través de ella se escuchaban risas y frases sueltas. Bernard reconoció la voz de Marie, una de las pinches, y de Antoine, el maître. Cuando abrió, vio que también estaba Jacques apoyando su vieja y desvencijada moto en la pared de enfrente, asegurándola con una gruesa cadena y un candado.

—¡Pero Jacques! ¿Cómo puedes pensar que alguien quiera llevarse esa antigualla?

Estaba claro que Marie y Antoine, que era el que había hablado, se estaban riendo a costa del viejo cocinero y la chatarra de su moto. Incluso a Bernard se le escapó una sonrisa al mirar la moto y al pobre Jacques.

—Esta moto, jovencito —replicó el viejo dirigiéndose a Antoine una vez terminó de asegurarla—, es una antigüedad y vale su peso en oro. Es de la guerra y aún funciona.

Los jóvenes seguían riendo y no le prestaron mucha atención, pero Jacques, al pasar junto a ellos y antes de entrar, golpeó con el dedo índice el pecho de Antoine.

—Ríe, ríe. Pero a ver si cuando tú tengas los mismos años eres capaz de al menos carburar algo.

La seriedad con la que pronunció esto último solo sirvió para que los jóvenes lo siguieran riendo hasta el interior. Bernard se sorprendió mirando los tor-

nados muslos de Marie y se imaginó inyectándole la miel diluida en agua con la que rellenaba los trozos de carne. Pero antes de que siguiera condimentando el cuerpo de Marie, una voz lo sacó de sus ensoñaciones.

—¡Jefe! ¡No cierre que estoy aquí!

Era Eléonore, la aprendiz de pinche, la que gritaba entre resuellos producidos por el cóctel de grasas y carrera. Cuando llegó a la altura de Bernard, el sudor ya resbalaba por su frente y algún que otro rizo se le pegaba en la misma.

—Uff, tengo que hacer más ejercicio —dijo resoplando—. ¿De qué se reían estos dos?

—De Jacques y su moto.

—Pues ríase usted también, jefe. ¡Que está muy serio!

Eléonore podía ser torpe en sus movimientos y negada en la cocina, pero sabía captar los sentimientos y estado de ánimo de las personas con una sola mirada. Sabía cuándo tenía que ser la chispa de la cocina o guardar silencio y apoyar. Por eso, Bernard seguía teniéndola contratada. Era el equilibrio de los fogones y también el equilibrio de Grégoire y su gusto por los jamones.

Los dos camareros que completaban la plantilla llegaron un poco más tarde y se dedicaron junto al maître a organizar las mesas y adecentar el local antes de abrir. Mientras tanto, en la cocina se afanaban en preparar las guarniciones, los platos fríos y los pescados y carnes. Aunque normalmente el ambiente era distendido, el mutismo de Bernard y Grégoire había acabado por contagiar al resto de los trabajadores. Solo cuando Antoine aparecía por la cocina y hacía algún chiste sobre la vieja moto de Jacques, se relajaba el ambiente y surgían conversaciones, pero una vez el maître volvía al comedor poco a poco morían y el silencio volvía a apoderarse de los fogones.

Tanto Jacques como Marie se sumieron en sus propios pensamientos y se concentraron en sus platos. En ningún momento otorgaron mayor importancia a la falta de conversación por parte del jefe que la mera concentración en su trabajo. Pero Eléonore notaba una sensación en el estómago como de vacío, y eso solo podía significar problemas. Miraba a su jefe; con la cabeza agachada y los rubios cabellos cubiertos por el típico gorro de cocinero parecía absorto en su trabajo. Estaba preparando la salsa a base de miel y finas hierbas que inyectaba a

los trozos de carne. A su derecha, el rulo de queso de cabra esperaba su momento para ser cortado y pasado por la plancha, y, dispuesta junto al fogón, la botella de coñac con la que flambeaba el hígado de oca. Pero hoy no tarareaba ninguna canción mientras realizaba su trabajo. Eléonore sabía que algo le preocupaba, y mirar a Grégoire, a quien conocía desde hacía tiempo mejor que la palma de su mano, solo servía para confirmarlo.

No se equivocó Bernard. El decimoquinto comensal que apareció por el restaurante para almorzar, tuvo el privilegio de comer la última de las raciones. Cuando Antoine entró portando un servicio usado, Grégoire se lo comunicó.

—Antoine, ya no quedan Bocado de Dioses.

—¿Y eso?

—No hemos recibido la carne.

—¡Pues aquí tengo yo cerdo de sobra! —dijo Jacques levantando un trozo de solomillo.

Bernard lo miró. Y con una mueca que trataba de ser una sonrisa, le contestó.

—Sabes bien que la carne que uso no es de cerdo. Además, por mucho que lo sigas intentando, viejo zorro, no te diré de qué es.

–Jefe, tenía que intentarlo –dijo encogiéndose de hombros–. Aunque el sabor de ambas carnes me resulta muy parecido.

–Que no hay, ¿no? –fue Antoine el que retomó el motivo de la conversación–. Es que tengo que atender unas cuantas mesas y me gustaría saber qué decirles.

–¡Pues lo que te ha dicho Grégoire!

Bernard había estallado. Pareció que el último plato de Bocado de Dioses llevaba como guarnición toda la calma que había tratado de acumular durante el día. Entró en la pequeña oficina que servía para reunirse con los proveedores y en donde llevaban la contabilidad.

–¡No hay más!

Fue lo último que dijo antes de cerrar con un portazo y sentarse ante el escritorio con la cabeza entre las manos. Los demás, salvo Grégoire y una inquieta Eléonore, se quedaron pasmados ante la violenta reacción del jefe sin poder apartar la mirada de él a través de las persianas. Cuando Bernard levantó la mirada y los vio, fue presa de otro arrebato de ira y quitándose el gorro lo arrojó con todas sus fuerzas contra las persianas.

–¡Bueno chicos, a trabajar! Un mal día lo tiene cualquiera.

Fue Eléonore quien intentó suavizar la incómoda situación y, tras echar una breve mirada cargada de complicidad a Grégoire, comenzó a dar órdenes a diestro y siniestro.

A Jacques y Marie les apremió para que volvieran a sus trabajos. A Antoine le conminó a regresar al salón indicándole que a quien pidiera el plato le dijera que se había producido un retraso en la entrega de la carne y no sabrían decirles cuánto tiempo podrían tardar en servirlo; de camino, le sugeriría cualquier otro de la carta. En cuanto a Grégoire prefirió hablarle en privado. Se acercó, lo tomó del brazo y se dirigió a la despensa.

—¿Qué ha pasado hoy? Desde que he llegado os he visto a los dos muy raros.

—No... nada, Eléonore.

—Mira, Grégoire, te conozco muy bien y sé cuándo me ocultas algo. ¿No tendrá algo que ver con lo...

—¡Eléonore! ¡Eléonore!

Ésta no pudo terminar la frase porque Antoine entró de nuevo en la cocina como una exhalación llamándola a gritos.

—Luego seguimos con la conversación —le advirtió a Grégoire.

—Está bien —dijo éste—, pero ya te he dicho que no pasa nada.

Eléonore no añadió nada más, simplemente lo miró y encogiendo la nariz como queriendo decir aquí huele mal, negó con la cabeza. Y salió de la despensa.

—¿Ahora que pasa, Antoine? ¿No te he dicho lo que debías hacer?

—Sí. Claro que lo sé. Pero es que... —calló llevándose una mano a la cabeza.

—¡Habla de una vez, hombre!

—Acaba de llegar.

—¡Por el amor de Dios! ¿Quién?

—Pues el Señor Montané.

El silencio volvió a inundar de nuevo la cocina. Lo único que se escuchó fue el roce de las bisagras de la puerta de la oficina cuando Bernard salió del despacho.

—¿Has dicho Montané?

—Sí, jefe.

—El crítico más importante de Paris. Aquí, en mi restaurante... Hoy.

Volvió a olvidarse de todos y comenzó a balbucear cosas apenas perceptibles para los demás mientras se dejaba caer sobre un taburete situado ante el estante donde se guardaban las especias.

—¿Qué plato te ha pedido?

De nuevo Eléonore fue quien tomó la iniciativa preguntando.

—Pues... el “Bocado de Dioses.”

—No sé por qué, pero me lo imaginaba.

—¡No podemos decirle que no hay! —Jacques también explotó presa del pánico—. ¡Su crítica nos hundiría!

Todos miraron a Bernard esperando una reacción, pero él no se movió. Su cerebro parecía haberse fundido; era incapaz de pensar en alguna solución. Grégoire fue esta vez el primero en reaccionar. Agarró del brazo a Bernard y lo levantó. Después, con la cabeza, le hizo un gesto a Eléonore para que lo siguiera.

—¡Jacques! ¡Marie! Id preparándole unos entrantes —era Grégoire quien les hablaba—. Nubes parisinas y flores de Notre Dame, creo que esos estarán bien. Antoine, mientras tanto sírvele uno de nuestros mejores vinos. Todo cortesía de la casa.

Entraron en la oficina y cerró la puerta.

Bernard se desplomó sobre uno de los sillones situado frente a la mesa. Mientras que Grégoire y Eléonore permanecieron más o menos de pie: él con

los brazos cruzados y dejado caer sobre la puerta y ella apoyada sobre el escritorio. Ambos miraban a su jefe.

—Montané... Hoy...

—¡Deje ya de quejarse y busque soluciones!
¡Parece un niño chico!

Bernard levantó la cabeza y miró a Eléonore algo sorprendido.

—¡No es tan fácil! ¡Esa carne es muy especial! ¡No se encuentra así como así! —reprochó iracundo y desesperado a partes iguales.

—¡Si Alfred ha muerto, encárguese usted mismo de buscar nueva mercancía!

El silencio que invadió la pequeña oficina fue algo más que incomodo. Bernard dejó de mirar a Eléonore para dedicarse por completo a Grégoire. En la mirada del jefe y también amigo, Grégoire solo vio reflejado el reproche por la traición cometida.

—¿Cómo has sido capaz? —susurró sin dejar de mirarlo.

—Bernard... —Grégoire trataba de encontrar las palabras adecuadas para disculparse—, perdóneme. Pero Eléonore es algo más que una amiga... Además, lo sabe hace tiempo y no ha pasado nada. Por favor —suplicó—, confíe en ella.

—Jefe, Grégoire tiene razón. Puede confiar en mí. Haría lo que fuera por ustedes y el restaurante.

A Bernard, las dudas seguían ofuscándole lo suficiente como para impedirle razonar con claridad. Por su cabeza desfilaba todo lo ocurrido durante las últimas horas. Incluida la decisión de Montané de elegir precisamente ese día para visitar el restaurante. Pensar en la crítica demoledora que haría del restaurante y el fracaso implícito que ello acarrearía solo servía para hundirle aún más impidiéndole encontrar alguna solución. Dejó de mirar a la pareja y volvió a esconder su rostro entre las manos.

—Eh, Bernard. No se ponga así —trató de consolarle Grégoire agachándose junto a él—. Encontraremos una solución. Usted siempre confió en mí y nunca me abandonó. Yo tampoco lo haré. Si es necesario ahora mismo le consigo una pieza de carne fresca, tersa y jugosa.

Bernard levantó la cabeza y miró a Grégoire. Los ojos de éste miraban hacia la cocina. Allí, Marie, de espaldas a ellos, se concentraba en preparar las mejores flores de Notre Dame que hubiera hecho nunca. El delantal, ceñido a su figura, permitía adivinar un cuerpo delgado y esbelto. En su cabeza, por un momento, volvió a tomar forma la idea de

inyectar la mezcla de miel y hierbas aromática, pero la apartó con rapidez de su mente.

—Gracias, Grégoire, pero... llámame hipócrita si queréis, sería incapaz de haceros daño a alguno de vosotros.

—¿Y si llamo al primo del tipo que conozco, el de la funeraria?

—No daría tiempo. Además, ya te dije antes que no me fío de la calidad.

Los dos callaron tratando de encontrar otra alternativa. Eléonore los miró. Primero a Grégoire, lo más parecido a un novio que hubiera tenido en su vida y junto al que se sentía a gusto tal y como era. Después a su jefe, la persona que la aguantaba en un trabajo aun sabiendo que nunca llegaría a ser ni siquiera una buena pinche.

—Jefe, ¿usted me pagaría una liposucción?

—¿Qué quieres decir, Eléonore? —preguntó algo sorprendido Bernard.

—¡Pues que si me pagaría una liposucción! Mire —dijo dándose la vuelta mientras se cogía un pellizco en la parte baja de la nalga—, me sobra bastante carne y no tengo el dinero suficiente. Yo le doy ahora un cachito de carne y usted luego me paga el resto de la operación.

—¿Estás loca? —dijo Grégoire sorprendido—. ¡Esos jamones son perfectos! No...

Lo interrumpió Bernard con una sonora carcajada. El ofrecimiento de Eléonore le había conmovido, pero la reacción de Grégoire, junto a la cara que había puesto, le provocaron un auténtico ataque de risa y, en cierto modo, le aclararon las ideas.

—Eléonore, muchas gracias por tu ofrecimiento. Si sale todo bien te pagaré la liposucción de buena gana siempre que a Grégoire le parezca bien.

—Pero jefe...

—No, Eléonore. El problema es mío y yo tengo que solucionarlo. Pero me has dado una idea. —Se levantó del asiento antes de añadir, poniendo la voz teatral que le gustaba utilizar cuando gastaba bromas o estaba de buen humor—: Montané va a probar la auténtica carne del dios de los fogones.

—¿Cómo?!

—¡Con un cuchillo! —respondió imitando el tono de voz de sus empleados—. Hoy, el crítico más famoso de París, se deleitará con el culo de Bernard.

Los tres prorrumpieron en sonoras carcajadas liberando toda la tensión acumulada en las últimas horas.

—Grégoire, baja al sótano y prepara los cuchillos. Eléonore, necesito que cojas del botiquín vendas y demás cosas para una cura de emergencia. Ah, también la pomada para las quemaduras y el soplete que usamos para caramelizar el azúcar.

Cuando Eléonore terminó de descender las escaleras que daban acceso al sótano, se encontró a su jefe con los pantalones bajados tumbado sobre una mesa de metal. Por su parte, Grégoire se entretenía cogiendo un cuchillo, acercándolo a la nalga de Bernard e inmediatamente retirándolo para soltarlo sobre la mesa y coger otro para repetir el mismo proceso.

—¿Has cerrado la portilla? —le preguntó Bernard girando la cabeza para mirarla.

—Sí —contestó para luego añadir—, he traído todo lo que pediste.

—Pues coge el soplete y ve calentando un cuchillo. Y tú, Grégoire, ¡empieza de una vez!

—Ya voy, jefe. Tome esto —dijo mientras le tendía una pequeña maza de madera—. Muérdalo con fuerza. Le ayudará a aguantar el dolor. Y recuerde: no debe gritar.

—Gracias. Por cierto, no cortes una ración muy grande. Con este plato vamos a inclinarnos hacia una cocina de vanguardia.

Con una sonrisa Grégoire asintió.

Un chorretón de sangre salpicó la pared cuando el cuchillo se hundió en la carne. Bernard tensó todo el cuerpo, las venas del cuello se marcaron, los ojos parecieron salirse de sus órbitas y los dientes se hundieron en la madera de la maza.

—Relájese, jefe. Le haré más daño si no relaja el músculo.

Bernard solo pudo resoplar como contestación.

Por su parte, Eléonore había dispuesto sobre un pico de la mesa las gasas, el agua oxigenada, el yodo y las vendas e iba calentando con el soplete un cuchillo ancho.

—Ya casi está, jefe. Aguante un poco más.

Dio el último tajo. La porción cortada era un pequeño trozo del centro de la nalga derecha. En la mano ensangrentada de Grégoire la carne dejaba escapar el calor corporal en pequeñas volutas de humo. Aún parecía palpitar.

—No podrá decir que la carne que servimos no es fresca —dijo Bernard entre resuellos y jadeos tras quitarse la maza de la boca—. Ahora remiéndame como puedas.

Y volvió a morder la madera.

Eléonore tendió el cuchillo caliente a Grégoire. Este lo aplicó en la herida. La carne siseó al contacto

del calor y comenzaron a formarse ampollas. Cuando el cirujano improvisado la creyó cauterizada, lo retiró. A continuación, la enfermera de igual titulación aplicó abundante pomada especialmente adecuada para las quemaduras. Cubrió la herida con gasas y con extrema delicadeza las sujetó con esparadrapo.

Aunque las curas habían finalizado, Bernard aún resopló durante unos cuantos segundos antes de intentar ponerse en pie. Finalmente, se incorporó y se apoyó en Grégoire. Eléonore, siguiendo con su rol de enfermera, le subió los pantalones.

–Intenta andar.

Bernard obedeció y el dolor se reflejó en un rostro pálido y perlado de sudor.

–Grégoire, esta tarde –se interrumpió para jadear otra vez– no abrimos.

Este dejó escapar una sonrisa por la ocurrencia de su jefe, quien añadió:

–Subamos y preparemos el condenado plato. Eléonore, deberás distraer a Jacques y Marie. No quiero que empiecen a hacer preguntas.

Los entrantes ya habían sido servidos a Montané cuando Bernard comenzó a preparar el plato. Se

concentró ante los fogones, perolas y cacerolas intentando abstraerse de todo lo que le rodeaba y del dolor producido por la herida. Apoyó las manos sobre la encimera, cerró los ojos e inspiró profundamente. Dos, tres, hasta cuatro inspiraciones realizó para calmar su cuerpo antes de coger un cazo. Comenzó.

Todos los ingredientes serían preparados al instante; una carne fresca como aquella se merecía un acompañamiento de igual categoría.

Puso el cazo a fuego lento con un poco de agua, unas cucharadas de miel y hierbas aromáticas. Por otro lado, sacó un buen hígado de pato de la nevera y también queso de cabra en rulo. Ordenó a Grégoire que preparara las milhojas de calabacín que servirían para el acompañamiento.

Cogió una jeringuilla y la llenó con el almíbar del cazo. Luego, procedió a inundar el interior de la carne con la mezcla. Tras administrarle dos dosis y salpimentarla, la puso en la plancha junto a una rodaja del queso de cabra. Cortó un trozo del hígado de pato y lo dispuso en una sartén. Vuelta, vuelta y un chorrito generoso de coñac para posteriormente flambearlo.

Quedaba emplatar. Para ello cogió un plato de diseño, de gran tamaño y cuadrado. Situó en el

centro la carne y apoyándolo en un lado de ésta, en ángulo de cuarenta y cinco grados con el plato, el trozo de hígado. Las milhojas de calabacín fueron dispuestas en uno de los extremos y, encima de ellas, colocó la rodaja de queso de cabra adornado con la cebolla confitada elaborada también por Grégoire.

Por último, una pizca de sal maldon en la carne y unos rayones de miel en el fondo del plato, fueron el toque final a la decoración.

Volvió a cerrar los ojos y esta vez espiró expulsando todo el aire de los pulmones.

—¡Antoine! Ya puedes servirlo.

Antoine no contestó, sino que asintió con la cabeza, cogió el plato y se dirigió al comedor tras empujar la puerta batiente. Ninguno de los presentes en la cocina dijo nada, pero todos se agolparon contra la puerta intentando mirar disimuladamente por el ojo de buey de la misma. En el fondo del comedor, en la esquina izquierda, la contraria a donde se situaba la entrada del restaurante, se encontraba Montané mirando el “Bocado de Dioses” que le acababan de servir. Parecía una auténtica rata, tanto por su aspecto físico como por la forma en que olfateaba el plato. Antes de coger los cubiertos para trinchar y degustar la carne, hizo unas anotaciones en una pequeña

libreta. Tras un corte lento y metódico, se llevó un trozo a la boca. En la cocina todos aguantaron la respiración esperando la reacción. No se hizo esperar. Montané cerró los ojos y sus orificios nasales se abrieron al intentar coger más aire que le permitiera saborear aún más el bocado que paladeaba. Se olvidó de su actitud ensayada de arrogancia y se abalanzó literalmente sobre el resto de la carne.

En la cocina todos dejaron escapar un suspiro de alivio y se retiraron de la puerta. Tenían que preparar un postre que estuviera a la altura. Bernard delegó la responsabilidad en Jacques antes de encerrarse en su oficina a esperar que Montané lo requiriera para comunicarle su opinión.

—¡Jefe! —Era Antoine el que irrumpió en la pequeña oficina buscando a Bernard—. El señor Montané quiere ver al chef.

Bernard, intentando disimular tanto el dolor como la cojera que el mismo le producía, acompañó a su maître hasta la mesa del crítico culinario. Éste, al verlo aproximarse, se levantó para recibirle.

—¡Sencillamente genial! —le espetó sin esperar siquiera a las presentaciones de rigor—. Un sabor y textura sublime.

–Me halaga sobremanera, señor Montané –dijo Bernard en contestación a tantas alabanzas, mientras que hacía un disimulado gesto a Antoine para que los dejara a solas.

–Le aseguro que mañana tendrá una crítica muy favorable en mi columna.

Montané, tras estas palabras, tomó asiento invitando al cocinero a sentarse junto a él. Bernard, aceptó la invitación del crítico y, aunque intentó que todo el peso de su cuerpo reposara sobre la nalga sana, no pudo contener una mueca de dolor al apoyar la zona herida.

–Aunque, entre nosotros –dijo con una voz muy baja y un tono de complicidad que a Bernard sorprendió bastante–, ¿qué hará ahora que Alfred ha muerto?

Sobre el autor de «Bocado de dioses»:

Fco. Jesús Franco Díaz (La Palma del Condado 1977). En papel se pueden encontrar publicadas sus obras “*¡Por mis dientes!*”, relato ganador del “II concurso de relatos del Dragón Verde” y publicado posteriormente en la antología “Los cuentos del Dragón Verde”; “*El cruce de la música*”, incluido en la antología “Calabazas en el trastero: Entierros”, y a fecha de hoy se encuentra pendiente de publicación “*Hadas negras*” en la antología Visiones 2008.

Su relato “*El pirata*” resultó ganador del Certamen literario “Manuel Siurot de Narrativa 2009” organizado por el ayuntamiento de La Palma del Condado (Huelva). En la red de redes ha participado en varios concursos obteniendo desde discretos resultados hasta ser ganador de algunos de ellos, como el de “Amores extraños de 2007” o el “II concurso de relatos Asimovianos” organizados en el portal “Sedice.com”.

También pueden encontrarse colaboraciones suyas en la publicación digital de la “Biblioteca Fosca”.

Actualmente, es integrante de la tertulia “Sevilla escribe” en cuyo blog pueden leer la mayoría de sus relatos.